

En el centenario de San Cirilo de Alejandría

Su Santidad Pío XII publicó el 9 de abril último la *Encíclica Orientalis Ecclesiae*, con ocasión del décimoquinto centenario de la muerte de San Cirilo de Alejandría, ocurrida en 444. No suele ser estilo pontificio conmemorar tales centenarios con documentos tan solemnes. Por lo visto, a los ojos del Papa la relevante personalidad del patriarca alejandrino reclamaba una desusada excepción. Aunque sólo sea por afecto filial al Santo Padre, atrevámonos modestamente a asociarnos a su voz augusta y dediquemos un recuerdo de agradecida admiración a aquel santo doctor, tan benemérito de la ciencia teológica y de la piedad popular.

* * *

Se cree que nació hacia el año 370, y al parecer, en Alejandría. Las noticias que tenemos sobre su vida oculta son bien escasas (1). Pero, desde luego, el señorío científico y la estupenda

(1) En la bibliografía general sobre San Cirilo se pueden señalar: I. BOLLANDUS, *Acta Sanctorum*, II, p. 843 ss.—L. TILLEMONT, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique*, XIV, p. 267 ss.—J. FESSLER, *Institutiones Patrologiae*, II, p. 495 ss.; Oeniponte, 1851.—J. MAHE, *Dict. théol. cathol.*, III, art. *Cyrille (Saint), patriarche d'Alexandrie*.—J. M. SCHEEDEN, *Kirchenlexikon (Wetzer un Welte's)*, III, p. 1.284 ss.—O. BAR-DENHEWER, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, IV, p. 23 ss.—J. KOPALLIK, *Cyrellus von Alexandrien*; Mainz, 1881.—CH. PAPADOPOULOS, *Ὁ Ἅγιος Κύριλλος Ἀλεξανδρείας*; Alejandría, 1935.—R. PAGIDAS, *Κύριλλος ὁ Ἀλεξανδρείας ἄρχιεπίσκοπος*

erudición que campean en sus escritos, la limpia organización de su pensamiento y el ágil desembarazo con que lo desenvuelve, y sobre todo su fisonomía espiritual, radiante de fervor religioso y eclesiástico, delatan un espíritu de elevada aristocracia intelectual y moral, florecido en una esmerada educación básica. Sin duda, la célebre Escuela Catequética de Alejandría le contó entre sus alumnos de predilección. Su maestro sería el venerable Dídimo el Ciego, que pasaba en la ciudad por un prodigio de sabiduría (2), alma serena y dulce y de entrañable piedad religiosa. El le adiestró en las concepciones y métodos de la Escuela, le transfundió su fe ardiente y su vivo amor a la Iglesia y le inició en las sublimes teorías de la teología alejandrina.

Llamemos también, con De Regnon (3), al Patriarca alejandrino San Atanasio († 373) maestro de San Cirilo, no porque el gran debelador del arrianismo hubiera ejercido en éste educación directa personal, sino porque nuestro santo doctor ya en su juventud debió de empezar a recibir de su ejemplar recuerdo y de sus escritos un íntimo influjo, que había de ir en aumento al correr de los años. De San Atanasio habla a menudo con reverente cariño. Era para él "percelebris memoriae pater noster Athanasius qui... Alexandrinae Ecclesiae pontificatum egregia cum laude gessit, loquacibus... haereticorum commentis invicta planeque apostolica sapientia restitit, quique scriptis suis veluti fragrantissimo quodam unguento totum orbem mirifice recreavit, et cui de dogmatum absoluta integritate fideique rectitudine omnes testimonium dant..." (4).

San Cirilo, como sucesor de Teófilo, su tío, en el Patriarcado de Alejandría, inauguró su gestión con ruidosas decisiones. De creer al historiador Sócrates, apenas instalado en su sede cerró todas las iglesias de los novacianos en Alejandría y las despojó de sus vasos y ornamentos sagrados. Y más tarde arrojó de la ciudad a los judíos, permitiendo que la plebe saqueara sus bienes, ya que en su desafortunada conducta con los cristianos habían perpetrado entre ellos una insidiosa matanza (5).

(2) G. BARDY, *Didyme l'Aveugle*, p. 5; París, 1910.

(3) TH. DE REGNON, *Etudes sur la Saint Trinité*, III, p. 44; París, 1898.

(4) *Ep.* 1, PG 77, col. 13; *De rec. fide ad reginas* (I), PG 76, 1.209.

(5) *Hist. Eccles.*, 1, 7. cc. 7, 13, PG 67, 752, 761-764.

Si las maneras de su carácter poderoso y combativo, reforzado por la autoridad prepotente de que por entonces debía de gozar el patriarcado alejandrino, pudieron acaso parecer algo faraónicas y un tanto duras en los fervores de sus primeras actuaciones de gobierno, pronto aquella energía se aureolaría de serenidad y grandeza cristianas y el santo Obispo se mostraría a lo largo de su vida de una mansedumbre, de un desinterés, de un espíritu de paz y de un amor al prójimo altamente ejemplares.

Así, en el ardor de las controversias nestorianas se confiesa "paciis quidem perstudiosum a litibus vero ac rixis alienum esse prorsus; denique talem qui omnes amare et ab omnibus vicissim amari peroptem... Unum monebo, nempe, si rerum aut pecuniarum iactura fratris aegritudinem sanare liceret, me eam iacturam subiturum esse promptissime, ne quid caritate prius habere viderer". Y en seguida añade: "Tantum fides integra et salva sit, ego vero et amo et diligo, neque ulli concedam ut religiosissimum episcopum Nestorium ardentius amet quam ego". Su conducta con los enfermos del espíritu será la de los buenos médicos, que no cortan y queman sin miramientos, sino que primero ungen la llaga con algún suave fomento, retrasando la quemadura y la amputación para el momento oportuno (6). Y con los Obispos antioquenos, que, después del Concilio de Efeso, no se avenían con algunas fórmulas de su doctrina y con la anatematización del nestorianismo, se manifestará en todo momento "non modo filiorum, sed etiam errantium fratrum studiosissimus", como le llamará Pío XI (7), anheloso de concordia y dispuesto a quitar aun la más mínima apariencia de error en sus escritos para allanar el camino a la paz. Y al pregustar el abrazo fraternal con ellos, ya reconciliados, exclamará en una explosión de júbilo: "*Laetentur caeli et exultet terra. Solutus est enim medius paries maceriae, et quod moerorem afferebat, conquievit, et omne dissidiorum genus sublatum est, omnium nostrum Salvatore Christo pacem ecclesiis suis tribuente...*" (8).

(6) *Ep.* 9, PG 77, 62.—*Ep.* 55, PG 77, 322.—*Ep.* 18, PG 77, 123-126.

(7) *Litt. encycl.* "Lux veritatis", AAS 23 (1931), p. 497 ss.

(8) *Ep.* 39, PG 77, 173.—*Ep.* 33, PG 77, 161.—*Ep.* 39, PG 77, 174.

No conocemos detalles de los trabajos pastorales de San Cirilo en Aeljandría; pero de seguro que el "bonus pastor", el "probatisimus sacerdos", como le calificará San Celestino I (9), desplegaría una actividad ardorosa e incansable. Como sus predecesores San Atanasio y Teófilo, componía cada año una homilía pascual, para recordar el tiempo de ayuno y fijar las Pascuas (10). Y en ellas se refleja el Obispo de amor apasionado a la Iglesia y a las almas, consciente de su responsabilidad, que recuerda a sus fieles la grandeza de su vocación cristiana y les repite la austera moral evangélica, con la exhortación y la instrucción, el aliento o la reprensión, según las conveniencias del momento.

Pero sobre los afanes de pastor local bullían en el espíritu de San Cirilo otras preocupaciones más trascendentales, que hacían de él el Obispo ecuménico, identificado con la universal Iglesia de Cristo, y guardián celoso de su integridad y de su esplendor. Siempre con el alma en tensión vigilante acecha el peligro para la ortodoxia, y como descarga la ley sobre el novacianismo, enciende su pluma para combatir el arrianismo, el eunominismo y el macedonianismo. Advierte que la obra de Juliano, el Apóstata, contra los Evangelios y el culto cristiano sigue ejerciendo pernicioso influjo contra la fe, y se embarca en una apología del cristianismo de gran velamen (11).

Sobre todo, el desencadenamiento del nestorianismo fué el que reveló el temple de la fe de Cirilo y su hirviente pasión por la Iglesia. La nueva herejía se desató con un empuje pavoroso. Nada menos que el Patriarca de Constantinopla, capital del Imperio Oriental, era su paladín. "Catholicus orbis contremuit universus", dirá Pío XI (12). Pero Nestorio no contaba con que en las bocas del Nilo un espíritu gigante estaba en vela, no menos ganoso de contener su avance que él de llegar a sus objetivos. En Cirilo se yergue el intrépido campeón, de la ortodoxia. Irrumpe como un león en el campo de batalla; la violencia del com-

(9) *Ep.* 11, 1; 13, 2, PL 50, 461, 467.

(10) PG 77, 391, 981.

(11) *Cont. Julianum Imperat.* PG 76, 504-1.064. Sólo nos quedan de la obra de San Cirilo los diez libros dirigidos contra el primero de los tres que contenía el escrito de Juliano.

(12) L. c., p. 508.

bate acrece sus ímpetus, y un triunfo clamoroso corona sus esfuerzos.

Informado de las erróneas propagandas contra la unidad del Verbo Encarnado y la divina maternidad de María, iniciadas por Nestorio en 429, se apresura a inmunizar contra ellas a sus ovejas en la homilía pascual de aquel mismo año. Al saber después que los escritos del heresiarca habían penetrado hasta los monasterios egipcios, sembrando en ellos la confusión (13), teme que los cenobitas, si se dejan engañar del nuevo error, puedan, con su multitud y su prestigio ante el pueblo, provocar entre los fieles un incendio incontenible; en cambio, bien instruidos pueden ser un poderoso instrumento de contraataque. Y les dirige una larga carta (14) ilustrándoles cuidadosamente sobre la verdadera doctrina de la Encarnación y previniéndoles contra las falacias nestorianas, aunque sin nombrar a su portavoz.

Escribe entonces por dos veces al mismo Nestorio, procurando fraternalmente volverle al buen camino, sin el resultado apetecido. Y el tono de pertinacia de las contestaciones que obtiene (15) le hace perder la esperanza de ganar con sus consejos al heresiarca; por eso se aplica ya a contener al menos los efectos de sus funestas propagandas. Hace llegar a la corte imperial tres tratados *De recta fide*, destinados uno al Emperador y los otros dos a su esposa y a sus hermanas, con amplias disertaciones sobre la Encarnación, para ponerles en guardia contra las sutilezas de Nestorio, aunque sin nombrar a éste (16). Escribe también al Papa con detallados informes sobre el asunto y las peripecias de la controversia (17).

Fué el alma del Concilio de Efeso, que él presidió como representante del Pontífice y en bien penosas circunstancias llevó, con abnegación y aliento admirables, a feliz término. Con todo, los Obispos antioquenos, que con su Patriarca Juan de Antioquía llegaron tarde y no querían reconocer las determinaciones de la gran asamblea, se reunieron en conciliábulo y pronunciaron sen-

(13) HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles*, II, par. 1, p. 249, nota.

(14) *Ep.* 1, PG 77, 9-40.

(15) *Ep.* 2; 4, PG 77, 40 s., 44-49.—*Ep.* 3; 5, PG 77, 42, 49-57.

(16) PG 76, 1.133-1.200; 1.201-1.335; 1.335-1.420.

(17) *Ep.* 11, PG 77, 80 ss.

tencia de excomunión y deposición contra el Patriarca alejandrino. Y por sus intrigas, Cirilo fué apresado y durante tres meses estuvo encarcelado. Pero el santo Obispo, sin amilanarse y entero en su inquebrantable valor, aun en la prisión se afana por la buena causa y escribe una exposición de la verdadera doctrina.

Libre ya, y cerrado el Concilio, aún no se dará reposo hasta obtener, en 433, la reconciliación de los Obispos disidentes, que él desde luego ha deseado y procurado, sólo a condición de que no sufriera detrimento la ortodoxia, y, por tanto, con la condenación por parte de dichos Obispos, de Nestorio y sus impiedades (18). Y aun entonces, desaparecido formalmente el cisma, trabajará sin descanso por lograr su total extinción y la prevención de nuevas disensiones hasta su muerte, en 444.

Se adivinan los amargos sinsabores que Cirilo hubo de sufrir en aquella dolorosa aventura, en la que a las injurias de sus hermanos, al oprobio de un conciliábulo ilegítimo y a las incomodidades de la prisión se añadieron el esfuerzo infructuoso, la preocupación angustiosa en un laborioso y largo batallar. Pero él despreciaba todos los trabajos, como se lograra siempre el triunfo de la fe. El nos dice: "Mihi pro fide quae in Christo est, et laborare, et vivere et mori maximum votum est"; que ninguna injuria le arredra, aunque ha recibido muchísimas, con tal de que la fe permanezca intacta; que por la fe de Cristo está resuelto a soportar aun los más crudos suplicios, hasta por fin sufrir gustoso la muerte; que si tuviera miedo de predicar la verdad por temor a la persecución no podría tener cara para enaltecer ante el pueblo a los mártires (19).

Así se ve cuán a la medida le vienen en todo su alcance el elogio que le dedica San Celestino I de "bonus fidei catholica defensor", "fortissimus defensor", y los de San Agatón, Papa, en una carta leída en el Concilio Constantinopolitano III, de "constantissimus orthodoxae fidei praedicator" y "defensor veritatis";

(18) MANSI, *Conciliorum amplissima collectio*, IV, 1.124. *Explicatio duodecim capitum*, PG 76, 293-312.—*Ep.* 61, PG, 77, 325-327.

(19) *Ep.* 10, PG 77, 78.—*Ep.* 9, PG 77, 62.—*Ep.* 19, PG 77, 70.—*Ep.* 9, PG 77, 63.

(20) *Ep.* 1, 4, PL 50, 467.—*Ep.* 1, MANSI, XI, 264, 269.—S. PROSPER, *Lib. cont. Collat.*, 21, 2, PL 51, 271.

el de "gloriosissimus fidei catholicae defensor de San Próspero de Aquitania; el que le tributa Pío XI, de "sanctissimus ille vir ac catholicae integritatis vindex" (21), y la apreciación de Scheeben, de que "su actividad e influjo en la lucha contra la herejía fueron tan sobresalientes, que en ello apenas hay, fuera de Atanasio y Agustín, quien se le pueda comparar" (22).

A la prodigiosa actividad de su pluma se deben los mejores frutos de su apostolado. Lo que ha sobrevivido de su producción literaria llena diez tomos de la Patrología de Migne; y eso que desgraciadamente no pocos de sus escritos han perecido totalmente o nos han llegado incompletos. A la verdad, sólo por el volumen de su producción merece que se le llame con Bardenhewer "uno de los más grandes Padres en la historia literaria de la Iglesia antigua" (23).

Entre sus escritos exegéticos hay estudios especiales escriturísticos, como el *De adoratione in spiritu et veritate*, que viene a tratar del carácter típico de la ley mosaica con respecto a la cristiana, y la *Glaphyra*, que es de cómo en todos los libros de Moisés está figurado el misterio de Cristo (24), y comentarios de muchos libros sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Hay quien supone que el santo Doctor comentó toda la Escritura (25). Escribió además numerosos tratados polémico-dogmáticos, que, fuera del *Contra Iulianum*, versan sobre la Trinidad o sobre la Encarnación. Y por fin, de él nos quedan abundantes homilías y multitud de cartas, algunas de las cuales son verdaderos tratados teológicos.

Era tradicional en la Escuela Catequética alejandrina la interpretación alegórica de la Escritura, como se ve en Orígenes y en Dídimo, y aun acaso en su fundador Panteno (26). Pero ya en Dídimo se observa una reacción en favor del sentido literal (27). Y San Cirilo, influido en esta dirección por él, por San Atanasio y por los Capadocios, se atiene casi exclusivamente al sentido li-

(21) L. c., p. 497.

(22) *Kirchenlex.*, III, 1.285.

(23) L. c., p. 29.

(24) PG 68, 133-1.125, PG 69, 9-677.

(25) *Kirchenlex.*, 1.289.

(26) BATHIFOL, I. c., p. 158.

(27) BARDY, I. c., p. 201 ss.

teral, en los comentarios del Nuevo Testamento, dando a la vez en ello una muestra de cordura científica, al combatir a sus adversarios que interpretaban literalmente la Escritura, en su mismo terreno (28). En cambio, en los comentarios al Antiguo Testamento busca el sentido místico, pero relegándolo a segundo plano y, por tanto, presuponiendo siempre el sentido literal como básico. Por lo demás, en la indagación de ese sentido místico no habrá quien le supere en agudeza, exuberancia y profundidad.

En sus obras, aun prescindiendo de las propiamente exegéticas, se destacan los conocimientos escriturísticos del santo Doctor, que le permiten moverse por el sagrado texto con una desenvoltura asombrosa. La Escritura es para él fuente inagotable donde encuentra con profusión las adecuadas demostraciones de la verdad y la refutación de las herejías. Ya Focio notaba a propósito del *Thesaurus*, una de sus obras trinitarias, que el argumento escriturístico juega en él un papel muy importante (29). El tratado *De recta fide ad reginas II* es un largo comentario dogmático de textos sagrados. Y en el *De recta fide ad reginas I* se acumulan no menos de 57 columnas de tales textos (30).

Por otra parte, la familiaridad del santo Doctor con las obras patrísticas se rezuma clara o veladamente en cada página de sus escritos, aunque no sea más que por la solidez de la doctrina, aparte de las frecuentes alusiones y aun citas nominales (31), como después más ampliamente se observará. Y desde luego conoció también a fondo, aunque no fuera más que por deber pastoral, las doctrinas heréticas de la época anterior y de la suya. De hecho sus obras dogmáticas, y aun, al menos en parte, las exegéticas, son de intención apologética contra las herejías (32).

(28) T. SCHERMANN, *Die Gottheit des Heiligen Geistes nach den griechischen Vätern des vierten Jahrhunderts*, STS 4 Band 4-5 Heft, p. 48 s.; Munster, 1927.—BARDY, 204 ss.

(29) Focio, *Bibliotheca*, cod. 136, PG 403, 416.

(30) PG 76, 1.336 ss. PG 76, 1.221-1.336.

(31) *Ep.* 40, PG 77, 180; *De rec. fid. ad reg.* (I) PG 76, 1.212 ss.; *Apolog. pro 12 Capit. cont. orient.*, PG 76, 381 ss.

(32) La prueban las obras escritas contra ellos. Véase además *Adversus nolentes confiteri sanctam Virginem esse theotocon*, PG 76, 268; *Ep.* 69, PG 77, 340; *In Ioh.* 1.9 PG 74, 217; *Theo.* PG 75, 381. Conoció los libros de los pneumatomacos (J. B. WOLF, O. S. B. *Commentationes in s. Cyrilli Alexandrini de Spiritu Sancto doctrinam*, p. 29; Herbipoli, 1934).

Como a su maestro Dídimo, tampoco le fueron extraños los autores profanos. Sin otros indicios y alusiones, basta hojear su obra *Contra Iulianum* para convencerse de esto. Papadopoulos ha contado en ella hasta sesenta de dichos autores (33), que San Cirilo menciona con la espontaneidad de quien cita nombres de su biblioteca cotidiana, y entre los que se encuentran Platón, Aristóteles, Plotino, Porfirio, Jenofonte, Pitágoras, Plutarco, Homero, Píndaro, Sófocles, etc.

* * *

Uberweg decide dogmáticamente que el obispo alejandrino, como filósofo no tiene relieve (34). Pero este vago aserto es susceptible de mayor precisión. Innegablemente, el santo Doctor, "nacido para tratar cuestiones sutiles", como dice Fessler (35), gozaba de excepcional capacidad especulativa, que se revela en la profusión de sus razonamientos, en la agudeza de sus disquisiciones, en el manejo de la dialéctica, en la variedad de sus recursos silogísticos, en la fineza de sus distinciones y en la sutileza con que piensa, relaciona y concluye. Además está detalladamente al tanto de los sistemas filosóficos entonces en boga, como el platonismo, neoplatonismo, estoicismo, etc. Pero no busquemos en él la especulación filosófica como deporte, ni, como en los Capadocios, la tendencia a posarse en el lado filosófico de las cuestiones trinitarias y a adaptar al dogma vestimenta filosófica capaz de protegerle contra los ataques del aristotelismo arriano.

Con todo, Cirilo, como Dídimo, no rehuye el recurrir a la filosofía cuando ella le puede ser útil para su fin. Pero sin preferencias sistemáticas. Y en este sentido se le puede calificar de ecléctico, como a los alejandrinos Clemente, Atanasio y Dídimo. Por lo demás, más bien menosprecia las autoridades filosóficas. Aun de Platón y de Aristóteles no habla muy lisonjeramente. A Orígenes le critica con aspereza por haberse confiado demasiado a las filosofías paganas, que le han llevado al error: "Quem (Ori-

(33) PAPADOPOULOS, p. 27.

(34) *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, 2 Teil, § 13, p. 121, edición Geyer; Berlín, 1928.

(35) L. c., p. 571.—TILLEMONT, p. 664.

genem) et Patres nostri, ut veri depravatores, abdicaverunt et anathematizaverunt. Non enim sensit ut christianus, sed, paganorum secutus ineptias et nugas, in errorem incidit". Supone que la ciencia verdadera de los filósofos paganos proviene de la revelación, y que la verdad no se puede buscar en aquellos sin error. Por eso establece que hay que acogerse a la revelación (36).

En cambio, en teología tiene un puesto en primera fila. Es un dogmático nato, cuyo espíritu está totalmente absorbido por el ideal teológico, y como tal se vierte en sus escritos y les imprime su sello. En todos ellos flota como un común denominador la preocupación dogmática. Aun los exegéticos delatan el empeño calculado de la apología o de la elucubración teológica. San Cirilo se mueve siempre en el campo de la teología, lo recorre en todas direcciones y lo examina desde todos los ángulos y en todas sus perspectivas, sin que haya en él un perfil, una ondulación, una línea saliente que se escape a su mirada de águila (37). No hay punto importante de la teología en que, siquiera fuera por breves instantes, no se hayan posado los ojos de nuestro doctor.

Y como teólogo es, sin duda, uno de los Padres más destacados en la Iglesia. Fuera de San Atanasio en Oriente y de San Agustín en Occidente, difícilmente se encontrará uno de su altura. "En la historia de los dogmas, dice Batiffol, el papel de Cirilo no es comparable más que al de San Atanasio; en la historia de la teología sólo le iguala en autoridad San Agustín". Para Tixeront, él es, con Orígenes, el más poderoso teólogo de la Iglesia griega, y con Atanasio, el autor cuya autoridad fué la más invocada y la más decisiva en la definición de la doctrina cristiana" (38), y en sentir de Pío XII, tiene con los demás Padres orientales "una doctrina verdaderamente admirable".

Pero sí puede decirse que toda la teología cae en el radio de acción de su actividad literaria, sin embargo, la Trinidad y la Encarnación son los misterios en que aquella se polariza, sin

(36) *Cont. Jul.*, 1, 2, PG 76, 573, 601 ss.—*Ep.* 81, PG 77, 373.—*Cont. Jul.*, 1, 2, PG 76, 573.—*In Amos*, 6, 2, PG 71, 517.

(37) Una detallada indicación de los puntos teológicos que San Cirilo toca en sus escritos, puede verse en MAHÉ, l. c., 2-502-2.522.

(38) BATTIFOL, l. c., p. 318.—J. TIXERONT, *Histoire des Dogmes*, página 2; París, 1928.—PETAVIO, *De Trinit.*, 1, 8, c. 6, n. 7.

derivarse a los otros dogmas, sino en la medida de la conexión de éstos con aquellos dos misterios cardinales.

Es, con todo, notable el olvido en que se le tiene como teólogo trinitario. Aun en historias generales del dogma (Harnack, Loofs, Seeberg) apenas si se le considera en ese aspecto. Y ello significa una mutilación sustancial en la personalidad teológica del santo Doctor. Nacido cuando ya el arrianismo se podía decir virtualmente fenecido, y desde luego en vísperas de que aun con el macedonianismo recibiera el golpe de gracia en el Concilio Constantinopolitano (381), no pudo terciar en la lucha en sus momentos álgidos, pero llegó a tiempo para dar esplendor a la victoria y explotar sus efectos.

La sacudida de la Iglesia oriental por las controversias trinitarias había sido en extremo violenta y no era de esperarse una fácil sedimentación de los espíritus. Además, el dogma atacado había sido demasiado vital para dejar de ser objeto preferido de la atención católica. Por eso Cirilo, antes de que el nestorianismo cambiara el rumbo de sus preocupaciones, predicó y escribió mucho sobre la Trinidad. Sobre todo en sus dos bellísimos tratados *Thesaurus de sancta et consubstantiali Trinitate* y *De sancta et consubstantiali Trinitate* (39) fué donde dió forma orgánica a su pensamiento trinitario. Y con ellos fué el primero que después del Constantinopolitano trató sistemáticamente el dogma de la Trinidad, aventajando así en mérito al Damasceno, que ya muy lejos de las borrascas arriana y macedoniana compilaba la doctrina de los Concilios y la tradición de la Iglesia griega (40).

Pero al mismo tiempo los dos tratados mencionados tienen el encanto científico de haber sido compuestos, no entre los nervosismos de las disputas, sino ya en la calma de la meditación y, por tanto, no con pensamientos de ocasión hilvanados a la ligera, sino con fórmulas concienzudamente ponderadas y de plena madurez; en ellos el dogma se refleja, como en un espejo terso, con línea perfecta y en su perfil exacto. Además de que su arrolladora argumentación, que en el *Thesaurus* hacía las delicias de

(39) PG 75, 9-656, 657-1.124.

(40) BARDENHEWER, l. c. V. p. 52.—WOLF, l. c., p. 3.

Focio (41), los convierte en dos carros de combate, temibles para el arrianismo y sus congéneres.

A San Cirilo le cupo en suerte dar sepultura con sus escritos a las herejías antitrinitarias. Le tocó cerrar brillantemente las pasadas lides, recogiendo en magnífica síntesis las enseñanzas de sus predecesores. Su talento teológico estaba bien capacitado para percibir y aquilatar y recoger en un grandioso haz todas las claridades que los más grandes ingenios habían proyectado sobre el dogma trinitario. En él vinieron a confluir las corrientes doctrinales de los Capadocios y de Atanasio y demás alejandrinos, formando un caudal teológico majestoso y definitivamente triunfador.

Pero a su gloria de doctor trinitario le hizo sombra la del doctor de la Cristología. El tiene en su hoja de servicios teológicos el hecho glorioso de haber levantado como principal debelador del nestorianismo la bandera de la unión hipostática en Cristo y de la divina maternidad de María y de haberla llevado a una espléndida victoria. Nestorio empezó a enseñar, según la herencia de Teodoro Mopsuesteno, que en Cristo la hipóstasis divina del Verbo y la humana de Jesús se unen en un común "prosoyon", como él decía, y por tanto no en unión sustancial de las dos naturalezas, o sea no en unión hipostática. De suerte que el Verbo propiamente no se hizo carne, sino que *habitó* en la carne. Y de ahí se sigue que en Cristo hay persona divina y persona humana, y que María no es verdaderamente Madre de Dios o *Theotocos*, sino más bien madre de Cristo-hombre o *Christotocos*.

Con esta doctrina hubo de enfrentarse Cirilo y defender que en Cristo la unión de las dos naturalezas es hipostática, sin que subsista en El más que la persona divina, y que María es verdaderamente Madre de Dios. Y tal fué la doctrina que enseñó a su grey en la homilía pascual de 429, la que explicó en su carta a los monjes de Egipto, y la que defendió en sus cartas a Nestorio y en sus escritos enviados a la corte.

Los dos portavoces de tan opuestas doctrinas acudieron a Roma. Nestorio, por su parte, trató de situarse correctamente ante el Papa. Le escribió intentando justificar sus ideas y ganar-

(41) Focio elogia efusivamente el *Thesaurus* (Cod., 136, PG 103, 416).

se su favor. Cirilo a la vez informó detalladamente al Sumo Pontífice de los errores nestorianos y de su propia reacción doctrinal ante ellos. El Papa así pudo ponerse con exactitud al corriente de la posición dogmática de los dos contendientes. Su respuesta, tersa y decisiva, no se hizo esperar, llena de alabanzas para Cirilo, con la aprobación sin reservas de su doctrina, y con la solemne reprobación de las novedades de Nestorio: "ut illum (Nestorium) reprehendimus et notamus, ita sanctitatem tuam ut praesentem in litteris dominica sumus caritate complexi, cum unum idemque nos sentire de Domino videremus".

Desde aquel momento el Patriarca alejandrino ostentaba la investidura oficial de la ortodoxia enfrente del nestorianismo. El Papa había visto en él, en aquel trance peligroso para la doctrina cristiana, al hombre providencial, capaz de administrar con gallardía la responsabilidad dogmática pontificia, y le comisionó para ejecutar sus graves decisiones condenatorias sobre Nestorio, si éste no se retractaba de sus errores (42).

Y por fin el año 431 la doctrina ciriliana sobre la Encarnación recibía en Efeso la solemne consagración de la Iglesia, representada en Concilio Eeuménico por unos doscientos obispos (43). Cuando ya en la primera sesión, el 22 de junio, se leyó la segunda de las dos cartas que había escrito a Nestorio, exponiendo la recta doctrina sobre la Encarnación y la divina maternidad de María, y pidió oficialmente al Concilio la irrevocable declaración de si su doctrina cristológica era conforme a la fe del Concilio Niceno, obtuvo por respuesta el asentimiento unánime de la solemne asamblea. Todos los obispos uno por uno expresaron su aprobación, y de ello ciento veintiséis la envolvieron en fervorosos elogios para el santo Doctor. Y cuando a continuación se leyó la respuesta de Nestorio a su carta en la que el heresiarca trataba de afirmar su doctrina, cayó sobre ella como una pesada maza la suprema reprobación conciliar y sobre su autor el solemne anatema (44).

(42) MARIES MERCATOR, PL 48, 174-180—MANSI, IV, 1.021, 1.001.—CYRIL. *Ep.* 11, PG 77, 8 ss.—CAELEST. *Ep.* 11, PL 50, 463.—MANSI, IV, 1.017 ss., 1.025 ss., 1.020 s.,

(43) *Ep.* PG 77, 137.

(44) MANSI, IV, 1.137-1.177, 1.212 ss.

Desde entonces sí que se imponía la figura de nuestro Doctor como la auténtica encarnación de la ortodoxia. Cuando días más tarde los legados pontificios leyeron en el Concilio una carta del Papa, San Celestino, se levantó un imponente clamor de todos los conciliares, sobre el que flotaban identificados en uno Celestino, Cirilo, el sínodo y el genuino credo de la Iglesia. "Unus Caelestinus, unus Cyrillus, una fides Synodi, una fides orbis terrarum" (45).

Así se entiende que Cirilo, como teólogo de la Encarnación, goce de autoridad soberana, y que Papas y Concilios le tributen a porfía sus alabanzas. Pío XII dirá que la Iglesia en todo tiempo ha reconocido como justa la condenación de Nestorio y ha tenido por ortodoxa la doctrina de Cirilo (46). El Concilio Calcedonense invocará la ayuda de su doctrina contra los nuevos errores, identificándola con la del Vicario de Cristo, San León M., como verdadera fe y aprobará por aclamación su segunda carta a Nestorio. También el Constantinopolitano V apeló con no menor veneración a su doctrina y la aprobó con su carta y otros documentos suyos (47).

Y por supuesto, la opinión de los teólogos le ha elevado a ser el doctor de la Encarnación por antonomasia. Subrayan en él esta nota como la característica de su personalidad teológica y por ella le estiman como primera autoridad. "Cuius auctoritas, dirá Thomassin, in enucleandis Christi mysteriis una maxime dominatur". Para Fessler, "praecipue sanam de Incarnatione Filii Dei doctrinam tanta perspicuitate et firmitate proposuit, ut excepto Sancto Leone M., nullus sanctorum Patrum ei vel praeferri vel comparari queat" (48).

Su principal arma de combate contra el nestorianismo fueron sus numerosos escritos sobre la Encarnación. Mención especial entre ellos merece, por su significación e influjo principal en la controversia, la segunda carta a Nestorio, llamada dogmática, que con su aprobación en el Concilio Efesino alcanzó valor de texto

(45) MANSI, IV, 1.287.

(46) L. c., p. 504.

(47) MANSI, VI, 956 s.; VII, 9; IX, 231 s. HEFELÉ-LECRERCO, II, 2, páginas 687 ss., 721 s.; III, 1, p. 91 ss., 127.

(48) *De incarnat. Verbi*, l. 5, c. 7, n. 10.—FESSLER, *ib.*, p. 569.

canónico. En ella, entre un derroche de erudición escriturística y patristica, se desarrolla el tema con una precisión y un rigor lógico irresistible. Sin embargo, en todos sus escritos es admirable la corrección formal y material y la perfecta madurez con que desenvuelve el dogma en todos sus aspectos.

Y llama la atención que desde el principio entra en la liza pisando fuerte, como quien se siente señor del campo. Acomete la discusión con enfoque preciso del punto central atacado y no da golpes de ciego. A lo largo de toda la controversia su línea doctrinal se mantiene nítida e inflexible, sin que al final tenga que retocar nada de sus primeras afirmaciones. La larga lucha ha hecho su mirada más profunda, su pensamiento más agudo, su expresión más clara, pero el fondo doctrinal ha permanecido siempre intacto. Las fluctuaciones de su terminología, aun no cristalizada (49), en nada afectan a la entereza de su doctrina que desde el principio se impone despóticamente. Más bien es de admirar en él que combatía, no por vocablos, sino por ideas, el espíritu de conciliación y la destreza en manejar todas las fórmulas para plegarlas a las exigencias del dogma.

Señalemos en San Cirilo como teólogo entre sus mayores glorias y acaso como el secreto de su valor teológico, el haber sido tan tradicional. El que tanta flexibilidad de ingenio tenía para idear nuevos sistemas y elaborar teorías originales, tuvo a gloria el aparecer siempre como discípulo fiel de sus predecesores, cuyas enseñanzas buscaba con afanosa solicitud. Así se le ha podido llamar "el más tradicional" entre todos los Padres (50). Aparte de la Escritura, a la que naturalmente tiene por inspirada, y por eso apela a ella tan a menudo, según queda dicho, como a la fuente primaria de la verdad revelada, la norma fundamental de su pensamiento es la tradición patristica (51).

Si en el siglo IV se invoca de grado la tradición oral transmitida a la Iglesia por los Apóstoles y después algunos escritores usan el acogerse a la autoridad de doctores precedentes (52), esta

(49) M. JUGLE, *La terminologie de Saint Cyrille d'Alexandrie*, en *Echos d'Orient*, 15 (1912), p. 12 ss.

(50) MAHÉ, l. c., 2.526.

(51) *In Luc.*, 10. 34, PG 72, 681.—*Ep.* 39, PG 77, 176 ss.

(52) Cfr. TIXERONT, p. 7.

forma de argumentación toma a partir de San Agustín, y mucho más, sin duda, de San Cirilo, un desarrollo enorme. "Ningún autor ha apelado tan frecuentemente a los Padres como Cirilo" (53). En su segunda carta a Nestorio establece como regla segura de verdad el acomodarse al sentir de los Padres (54). En el Concilio de Efeso se leyeron, para tratar la cuestión dogmática a fondo y esclarecerla por la tradición, una serie de pasajes de Padres de la Iglesia, que seguramente fueron recogidos por el mismo Cirilo, ya que todos ellos se encuentran en sus obras (55). Y precisamente entre sus escritos se contaba un *Liber textuum*, que sin duda sería un elenco patrístico. En su correspondencia pone de relieve que nuestra fe es doctrina de la Escritura y de los Padres (56). Con razón San León M. elogia sus escritos y recomienda su lectura, precisamente porque coinciden exactamente con la fe de los santos Padres (57).

Y no se contenta el santo Doctor con invocar en general la autoridad de los Padres (58), sino que se eleva a señalar como fundamento del recurso a ellos el que por su boca habla el Espíritu Santo (59).

Por lo demás, en sus tratados trinitarios parece manifiesto que pretende principalmente entresacar las enseñanzas fundamentales de sus antecesores, sobre todo de los Capadocios y de los Alejandrinos, y reunir las y ordenar las sistemáticamente. Se diría que el mismo nombre de *Thesaurus* lo indicá. Y el gran mérito de San Cirilo consiste precisamente, aparte de las nuevas fórmulas por él plasmadas, en haber acertado a condensar con tanto tino y con tanto vigor en síntesis viva, concisa, convincente y metódica, la copiosa riqueza doctrinal acumulada por los doctores griegos que le habían precedido.

En lo referente a la Cristología, Bardy insinúa, a propósito del parentesco entre la de Dídimo y la de San Cirilo, la posibi-

(53) BARDENHEWER, IV, p. 32, nota 3.

(54) *Ep.* 4, PG 77, 45.

(55) MANSI, IV, 1.184-1.196.

(56) LEONT. BYZANT, *Cont. Monoph.*, PG 86, 1.832. cf. *Ep.* 11, 55, PG 77, 85, 296. Véase la nota 45. *Ep.* 55, PG 77, 293 s.

(57) *Epist.* 79, PL 54, 891.

(58) *In Ioh.*, 1, 9, PG 74, 216.

(59) *Adv. Nest.*, 4, 2, PG 76, 176.

tividad que, según dice, debería ser verificada con más detención, de que acaso gracias a las fórmulas a veces tan felices de Dídimo haya encontrado Cirilo la expresión definitiva de su doctrina cristológica. Y para Leipoldt, ese parentesco que parece existir entre la doctrina cristológica de los dos autores significa la más importante contribución de Dídimo a la historia de los dogmas. Por su parte, Cavallera cree haber encontrado en San Atanasio una refutación anticipada de los errores nestorianos (60).

Así, pues, San Cirilo, en quien vienen a confluír las enseñanzas de los Padres griegos, fundiéndose en un cuerpo doctrinal orgánico, es el representante de la doctrina definitiva, tanto trinitaria como cristológica. El es quien pone el sello a la doctrina ortodoxa, fijándola en su encasillado permanente. Después de él, la vena del pensamiento parece agotada de un máximo esfuerzo, como si la tarea propia y original de los Padres estuviera ya terminada. Precisamente esa nota de ultimador de la obra patristica griega le valió entre los antiguos el título de *σφραγίς των πατέρων* (61), que si se le dió, sin duda, por su labor trinitaria, le conviene también plenamente por su obra cristológica. Y así se ha podido decir, para expresar su carácter de sintetizador definitivo, que él fué con respecto a los Padres griegos lo que Santo Tomás fué con respecto a los latinos (62).

Por lo demás, en sus disertaciones dogmáticas se alaban justamente la riqueza doctrinal, la diáfana profundidad, la visión certera del problema, la seguridad y el dominio en el razonamiento, el relieve con que proyecta su pensamiento, como quien vive la firmeza de su propia doctrina, la exacta justeza con que precisa y contornea su pensamiento en fórmulas que suponen una madura concepción global y en detalle de la teología. Eulogio de Alejandría (s. VI) llamaba a Cirilo "guardián de la exactitud", "ardiente amador de la exactitud", "juez de la exactitud" (63). Se pondera asimismo en sus obras el orden, la fuerza y concatena-

(60) BARDY, p. 249.—CAVALLERA, *Saint Athanase*, p. 145 s.; Paris, 1908.

(61) ANASTASIOS SINAITA, *Viae dux*, 7, PG 89, 113.

(62) SCHEEBEN, l. c., 1287.

(63) FOCUS, *Bibliot. eccl.*, 230, PG 103, 1.032, 1.053.

ción de los argumentos, la severa dialéctica, la oportunidad de los testimonios alegados.

Si a estas dotes se añade la manera especulativa antes señalada de su exposición, la presentación didáctica clara y precisa como una tesis escolástica, y, en una palabra, el sentido de sistematización de más rigor científico, según la línea trazada por el mismo tema expuesto, se comprenderá con cuánta razón se le ha podido llamar "uno de los principales representantes del método escolástico en la patrística griega" (64). Y el jansenista Arnould le calificó como "el más dogmático y, por decirlo así, el más escolástico de todos los Padres" (65). Pero esta apreciación sobre el método se refiere más que nada a sus escritos trinitarios, que recuerdan de algún modo a los tratados escolásticos y no tanto a sus demás escritos polémicos de ocasión y así de plan más libre.

* * *

Pero en el doctor alejandrino el teólogo científico y el teólogo de la piedad cristiana están tan íntima y harmónicamente fusionados, que no se puede apreciar justamente al primero si se apartan los ojos del segundo. Esta distinción por lo demás no presupone que la teología como ciencia sea independiente de la piedad cristiana. El dogma siempre es vida y, como tal, fuente única de aquella piedad. Pero en el estudio de unos mismos dogmas caben

(64) M. GRABMANN, *Die Geschichte der scholastischen Methode*, I, página 88; Freiburg im Br., 1909.

(65) Perpetuité de la de la foi, t. II, l. 5, c. 44, p. 493. Se ha hecho ya como un tópico casi obligado el censurar el estilo de San Cirilo, que es, según Focio (*Cod.* 49, PG 103, 85), afectado y poco natural; según Tillemont (p. 664), sin ornato, siempre trabajoso y oscuro; según Bardenhewer (IV, p. 30), lánguido, difuso, pomposo y sobrecargado. Pero algo especial tendrían sus homilias, aun en su forma, si es verdad lo que dice Gennadio: "Homillas composuit plurimas, quae ad declamandum a Gracciae episcopis memoriae commendantur" (*Script. Eccl.*, 57, PL 58, 1.094). Y en todo caso, como observa Mahé (*Dict. Théol. cath.*, I, c., 2.502), la impresión desagradable del principio pronto desaparecerá, si uno se esfuerza por vencer las primeras dificultades en la lectura. Además, lo que falte de fluidez y elegancia está abundantemente sustituido por la precisión de los conceptos y argumentos, la acertada plasticidad de su expresión y el ático empleo de imágenes y comparaciones (SCHEEBEN, *KIRCHENLEX.*, III, 1.287).

grados en la consideración que de ellos se hace con relación a la vida espiritual del alma. Y así, San Cirilo tiene, como San Atanasio, y en general los Padres griegos, ese don profundo del sentido cristiano, que le empuja irresistiblemente a buscar en toda doctrina el lado por donde ella penetra más hondamente en el alma, para iluminarla, esponjarla y sublimarla en su vida espiritual. Para su exquisitez cristiana aun los dogmas más inaccesibles a la razón son manantiales fecundos de superiores emociones y de elevación mística. La Trinidad no es para él una entidad absoluta que flota, gris y seca como un teorema, en las altas regiones de la inteligencia, sin infundir calor vital en la actividad del corazón. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son en el alma realidades vivas, que por los maravillosos misterios de la Encarnación y de la Redención operan la deificación que hace al hombre hijo del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo.

Así, San Cirilo es teólogo de la divinización. Aun en medio de las malhumorantes contiendas doctrinales conserva el alma fresca y ágil para remontarse a las alturas sublimes de los contactos entre Dios y el alma. El aspecto místico de la teología rebrilla en San Cirilo con sus más vivas luces. Si los doctores griegos, como San Ireneo, Orígenes, San Atanasio, San Cirilo de Jerusalén, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio Niseno, Dídimo, etc., tienen sus delicias en contemplar al hombre regenerado y santificado en Cristo por el Espíritu Santo, San Cirilo sobresale entre ellos como el monarca de la teología de la santificación (66). Petavio, después de decir que el santo Doctor ha explorado mejor que nadie el misterio de la unión de las dos naturalezas en Cristo, que parece haber recibido para ello un especial don del cielo (*cui divinitus hoc tributum videtur*), añade a propósito de la santificación: "Et in posteriore ista infinitisque minore partibus copulatione Spiritus cum sanctorum animis explicanda, pari mentis ac styli facultate regnaret" (67). Al hablar de la Trinidad y de la Encarnación a menudo se le iluminarán los ojos ante los inefables encantos de la deificación y filia-

(66) ΜΑΡΤΙΝ, *La sanctification d'après saint Cyrille d'Alexandrie*, en *Rev. d'hist. ecclés.*, 10 (1909), p. 31 s.—E. WEIGL, *Die Heilslehre des hl. Cyrill von Alexandrien*; Mainz, 1905.

(67) *De Trinil.*, 1, 8, c. 7, ed. Vivès, III, p. 493.

ción adoptiva del hombre, y su ardiente piedad le inspirará fórmulas que ni en audacia ni en verdad habían sido superadas por sus predecesores.

Así se complace en describir cómo toda la Trinidad viene al alma y nos santifica por el Espíritu Santo, que habita realmente en nosotros, por su misma sustancia purifica el alma y es el fuego que consume todas sus máculas. El la fortifica y la hace invencible; la fecunda para la vida eterna. Es el sello que se imprime en ella para restituírle la semejanza divina: "Neque enim spiritus Sanctus pictoris instar in nobis divinam essentiam depingit, aliud quidpiam ab illa existens: neque hoc modo nos ad similitudinem Dei ducit: sed cum ipse sit Deus et ex Deo procedat, in cordibus eorum qui ipsum suscipiunt velut in cera invisibiliter instar sigilli imprimitur: et naturam nostram per communicationem ac similitudinem sui, ad archetypi pulcritudinem depingit, et Dei imaginem homini restituit" (68).

Es como el perfume de la divinidad, que nos hace participantes de la divina naturaleza: "Est enim (Spiritus Sanctus) odor veluti quidam substantiae eius, vivens et efficax, qui quae a Deo sunt creaturae transmittit, et supremae omnium substantiae per seipsum participationem inserit: Nam si aromatum fragrantia vim suam vestibis imprimit, et in seipsam quodammodo transformat ea in quibus fuerit, qui non poterit sanctus Spiritus, siquidem naturaliter est ex Deo, divinae consortes naturae per seipsum eos reddere in quibus sit?" Y así, por esa participación de la divinidad, somos elevados a una belleza y a una dignidad que sobrepasan a las exigencias de la criatura, "formatur enim in nobis Christus ineffabiliter, non ut creatus in creatis, sed ut increatus ac Deus in creata et facta natura, ad suam imaginem transformans per Spiritum, et ad dignitatem creaturae superiores transferens creaturam, id est, nos". Y por Él somos hechos a imagen de Cristo, y por tanto somos hechos hijos de Dios, aunque no por naturaleza, como el Hijo, pero sí por adopción: "... Dat Filius ut sint potestate id quod sibi uni proprie et secundum na-

(68) *In Ioh.*, I. 1, PG 73, 157.—*Ib.* PG 74, 292, etc.—*Theos.*, PG 75, 597.—*In Malach.*, 34, 3, PG 72, 333, etc.—*In Ioh.*, I, 11 PG 74, 572, etc.—*Ib.*, I. 10, PG 74, 337, etc.—*Theos.*, PG 75, 609, etc.

turam inest, in commune quodammodo proponens... Participes enim eius facti per Spiritum, obsignati sumus in similitudinem cum ipso, et ad exemplarem formam illius imaginis conscendimus..." (69).

Se puede presentar también a San Cirilo como teólogo de la Eucaristía, de la que trata frecuentemente. En este respecto dice Batiffol que "realismo y vivificación son los dos términos capitales de la doctrina de Cirilo". Es notable el realismo que descubre el santo Doctor en la unión de Cristo eucarístico con el alma. Cristo es mezcla con nosotros corporalmente por su carne y por su sangre, y así tenemos en nosotros la vida, hechos como una misma cosa con Él. Nos unimos con Él como se unen y fusionan entre sí dos trozos de cera. "Ut enim si quis ceram ceræ coniunxerit, utique alteram in altera esse videbit: eodem quoque, opinor, modo, qui Salvatoris nostri carnem suscipit et bibit eius pretiosum sanguinem, ut ipse ait, unum quiddam cum eo reperitur, commistus quidammodo et immistus ei per illam participationem, ita ut in Christo quidem ipse reperitur et vicissim Christus in ipso". Cristo es como la levadura, que hace fermentar toda la masa y la llena de virtud: "Christus in nobis existit, et nos vicissim in ipso: nam vere dici potest fermentum quidem esse in tota massa, et simili ratione masam in toto fermento" (71).

Así nos unimos con Cristo no sólo espiritualmente, sino también según la carne; y precisamente por esta unión según la carne Cristo es la vid y nosotros los sarmientos, que recibimos la vida de Él y por Él. Como también por la unión eucarística se dice que somos cuerpo y miembros de Cristo. De hecho, la unión que tenemos entre nosotros y con Dios es (no sólo espiritual, sino) también física (*physica*) y corporal. Y para llegar a formar entre nosotros esa unidad (física)... inventó un medio admirable. Dando a comer su cuerpo en la comunión mística a los que creen en Él es como los hace un mismo cuerpo con Él y entre sí, "quis enim eos qui per unum illud sanctum corpus ad unitatem cum Christi coniuncti sunt, diviserit et a naturali (*physica*) inter se

(69) *In Ioh.*, l. 11, PG 74, 452 s., etc.—*Thes.*, PG 75, 200 s., etc. *De Trinit. Dial.*, 4, PG 75, 905.—*In Ioh.*, l. 1, PG 73, 153.

(70) *Études d'hist. et de théol. pos.*, 2.^a serie, p. 282.

(71) *In Luc.*, 22, 19, PG 72, 909 s.—*In Ioh.*, 6, 57, PG 73, 584, cf. *ib.*, 14, 31, PG 74, 341.

unione removerit? Nam si omnes de uno pane participamus, unum omnes corpus effecimut... Christus enim dividi nequit. Ideoque et Christi corpus nuncupata est Ecclesia, nos autem membra eius... (72).

Y el efecto misterioso de esa compenetración física con Cristo es la vivificación total del hombre. La Eucaristía purifica las almas, porque, como la plata, si se la funde con el plomo queda completamente purificada, ya que el plomo absorbe todas las impurezas del metal fundido, así obra Cristo en nosotros. "Se nos ha mezclado corporal y espiritualmente y ha hecho desaparecer las manchas que había en nosotros." El cuerpo es también santificado según su naturaleza y recibe la inmortalidad. Efectivamente, como una chispa escondida entre la paja es un principio del fuego, así Cristo por su carne esconde la vida en nosotros y allí la conserva como un germen de inmortalidad. El agua es fría por naturaleza; pero si en un vaso se le acerca al fuego olvida, por decirlo así, sus propias cualidades para tomar las del fuego. Así, nosotros, corruptibles por la naturaleza de nuestra carne, deponemos nuestras debilidades por la mezcla con la verdadera vida y recibimos las propiedades de ésta (73).

Por fin, San Cirilo es el teólogo de la divina maternidad de María. Como San Atanasio es el doctor del "omousios", así él es el doctor del "theotocos". Esa palabra fué incluida de antiguo en el vocabulario de fieles y pastores. San Cirilo atestigua que ella es palabra tradicional de los Padres, aceptada por las iglesias de Oriente y de Occidente, y se halla en cuanto al sentido en la Escritura (74). El mismo Juan de Antioquía escribía a Nestorio que ningún autor cristiano la ha desechado jamás, sino que, al contrario, muchos y muy autorizados la han empleado, y los que no la han usado no les han acusado de error por ello (75). Dídimo la emplea repetidas veces (76). Juliano el Apóstata († 363) echaba en cara a los cristianos de su tiempo el que llamaran así

(72) *In Ioh.*, 14, 31, PG 74, 341 s.—*Ib.*, 6, 56, PG 73, 584; cf. *ib.*, 74, 341.—*Ib.*, 17, 20 s., PG 74, 556 s.—*Ib.*, 560.

(73) *De ador. in spir. et ver.*, 1, 4, PG 68, 297.—*In Ioh.*, 6, 55, s., PG 73, 581.—*Ib.*, 6, 55.—*Ib.*, 580.

(74) *Ep.* 1, PG 77, 16; *Ep.* 2, PG 77, 41; *Ad reg.*, I, PG 76, 1.209 ss.

(75) *Ep. ad Nest.*, PG 77, 1.456.

(76) BARDY, p. 127.

a María (77). Precisamente fué palabra de combate en las controversias arrianas (78). Pero ya el símbolo de Alejandro de Alejandría († 328), anterior a aquellas luchas, la menciona como un término de uso corriente (79). Y aun acaso la había empleado ya Orígenes (80).

No obstante, Nestorio, al negar la unión hipostática en Cristo, lógicamente vino a negar al *theotocos* su verdadero valor, como si dicha palabra no se le pudiera aplicar a María. San Cirilo salió al punto a defenderla en su estricto sentido. En la homilía pascual de 429 no la menciona sino en términos equivalentes. Pero ya en su carta a los monjes justifica directamente dicho título de María. Y en adelante se encuentra en todos sus escritos. Dicha palabra es a sus ojos la mejor garantía de ortodoxia. Ya en su primera carta a Nestorio le ruega que dé a María el título de *theotocos*. Y en la segunda insiste en que los Padres no dudarán en dárselo (81). También en el *De recta fide ad Reginas* (†) se justifica su empleo. Y en el primero de los célebres Anatematismos de San Cirilo, llamados *Capitula*, al parecer aprobados en Efeso y en el Constantinopolitano V, se establece que la Virgen es *theotocos* (82). Escribió además el santo Doctor un tratado *Adversus nolentes confiteri sanctam Virginem esse deiparem (theotocon)* (83).

En el Concilio de Efeso quedó esta palabra solemnemente consagrada. Y puede decirse que ella ha venido a ser como lema y síntesis de aquel Concilio. Ella sería ya en adelante el término técnico de la fe cristológica, como el *omoousios* lo había sido del dogma trinitario. Pío XI recuerda que el pueblo cristiano vibraba entonces con tan ardiente amor a la Virgen Madre de Dios, que, al enterarse de la decisión de los Padres conciliares, se desbordó en aclamaciones y los acompañó entre antorchas en religiosa ma-

(77) *Cont. Jul.*, 1, 8, PG 76, 92A.

(78) E. NEUBERT, *Marie dans l'Eglise anténicéenne*, p. 148, Paris.

(79) *Ep. ad Alex. Constant.*, 12 PG 18, 568.

(80) F. PRAT, *Origène*, p. 67, Paris, 1908.—NEUBERT, p. 135.

(81) MAR. MERC., PG 48, 174.—MANSI, IV 1021.—LOOFS, *Nestoriana*, Halle a. S. 1905, p. 249 ss.—CYRIL., *Hom.*, 17, PG 77, 1776 s.—*Ep.* 1, PG 77, 16.—*Ep.* 2, PG 77, 41.—*Ep.* 4, PG 77, 48.

(82) *Ep.* 17, PG 77, 120; MAHE, 1, c. 2526; BARDENHEWER, IV, p. 67. MEFELE-LECLERCQ, III, 1, p. 91, ss. 127.

(83) PG 76, 258-292.

nifestación a sus domicilios (84). Desde entonces la iglesia en que se celebró el Concilio se llamó *Maria Theotocos* (85).

San Cirilo, "el invicto asertor y sapientísimo doctor de la divina maternidad de María", como le llama Pío XII, irrumpe alborozado en un himno de loores al recordar la decisión del Concilio: "Salve... mystica Trinitas, quae nos omnes in hanc sanctae Mariae Deiparae (*theotocou*) ecclesiam convocasti. Salve a nobis, deipara (*theotoke*) Maria, venerandus totus orbis thesaurus..., locus eius qui loco capi non potest, mater et virgo..., salve quae immensum incomprehensumque in sancto virgineo utero comprehendisti... Ipsa et mater et virgo. O rem admirandam!... Quis nunquam audivit aedificatorem prohiberi, ne proprium templum... inhabitaret? Quis ob id ignominiae sit obnoxius quod, propriam famulam in matrem asciscat?" (86). Y para que su alegría fuera completa, pudo ver con los ojos en lágrimas que en el símbolo de unión que le presentaron los orientales se incluía sin reservas el *theotocos*.

A él, qué, como hijo genuino de la Alejandría cristiana, terreno predilecto de la teología mariana y de la exaltación de las prerrogativas de la Virgen, brilló, al decir de Pío XII, como los demás Padres orientales, por "una cálida devoción a la Madre de Dios", se le debe sin duda un acrecentamiento de la devoción a María en la Iglesia a partir de Efeso (87); y por ello será siempre acreedor al hondo agradecimiento de la cristiandad. De hecho, como dice el mismo Papa, "la Iglesia exaltó siempre con grandes alabanzas a San Cirilo, Patriarca de Alejandría, como auténtica gloria de la Iglesia oriental y preclarísimo vindicador de la Virgen, Madre de Dios".

* * *

Así, pues, el santo Obispo, que es bien digno de nuestra admiración como teólogo científico, sobre todo de la Trinidad y de

(84) L. c., p. 512.

(85) P. CLEMENT, *Le sens chrétien de la Maternité divine de Marie* en *Ephem. Theol. Loran.*, 5 (1928), p. 8 ss.; MANSI, IV, 1241, S. Cyr., Ep. 24, PG 77, 137; *Hom.* 4, PG 77, 992.

(86) *Hom.*, 4, PG 77, 992.

(87) TIXERONT, l. c., p. 265.

la Encarnación, no menos merece nuestro agradecimiento como teólogo de la piedad cristiana, que, al descorrernos el velo de los secretos de la vida divina del alma ha abierto perspectivas inmensas de luz a la ambición de nuestros espíritus, nos ha enseñado además a buscar nuestra vivificación total en la real fusión de nuestro sér con Cristo eucarístico y ha reavivado en nuestro corazón la brasa de nuestra devoción a la Madre de Dios.

José SAGÜÉS, S. I.

Facultad Teológica de Oña (Burgos).